

Eugenio Mediano Flores

## Momento actual de la poesía española

### I



ALGO fundamental ha ocurrido en el mundo poético español, que ha cambiado el rumbo de su inspiración y su fundamento en un trueque de meridianos; tal vez quede mejor decir de cuadrantes. Al sur, que nos regía hasta hace apenas quince años, quizás hasta el comienzo de la guerra, lo ha sustituido el centro. Castilla ha tomado, de manos de Andalucía, el timón y es ella quien lleva ahora, con voz de mando potente y segura, el rumbo de la poesía española.

Algo ha pasado por el sentir de los hombres de España, cuando su emoción no se acomoda ya al decir sensual de Andalucía; cuando bajo el nombre magnífico y discreto de «poesía»—creo que es así como lo califica Valéry—intenta cobijar serios problemas de verdad y fe, en lugar de quejas de poca

hondura y cantos gozosos. Y digo a los hombres de España, porque, hasta en los mismos poetas jóvenes andaluces se deja ver un deseo de adscripción en su forma, a la lírica de Castilla. ¿Qué ha pasado entonces? Nadie podrá creer que formas hacen sentir; por lo tanto, no puede achacarse el hecho a la palabra, siempre de valor ocasional y de circunstancias.

Tienen que jugar carta de triunfo motivos más serios, circunstancias con raíz fuera de lo puramente literario; hechos de tipo social y humano que, al sacar de su paso a la conciencia y el sentir de los pueblos, transforman también la conciencia, el espíritu y el sentir de sus artistas. Del artista—y en nuestro caso, del poeta—que por unas condiciones especiales de sensibilidad y atención para las cosas del mundo, para la vida que en su derredor se activa y él contempla de una manera panorámica, necesariamente sería el primero en intuir—la mayor grandeza del poeta está en su condición precursora—y acusar, apuntando el trastrueque de los valores, latiendo con la nueva orientación del espíritu que él, desde su línea ya distinta, perfilará a trazos de verso.

Hay un, al parecer, sencillo cambio en los puntos de mira. El poeta ha dejado de dirigir sus ojos al exterior, ha perdido dioptrías para el recreo colorista, y los ha vuelto hacia dentro; mira hacia sí y encuentra en el paisaje de su alma a la poesía. El poeta es hombre, y no podía permanecer al margen, con voz de trino alegre o triste, del paso severo de ese fantasma que

recorre el mundo con mordiente de drama y fatalidad de tragedia. El poeta es hombre y no podía inhibirse, con voz cantarina, dulce o agridulce, al amor recio que el drama y la tragedia traían, ni a las pruebas duras y las huellas hondas que este amor deja en los hombres. El poeta es hombre, y ha sabido y ha sentido que todas estas cosas están sucediendo en los hombres de España, y es a ellos a los que debe dirigirse con un decir verdadero, desde el paisaje de su alma, donde esos sucesos también han cuajado. Y así será más auténtica su voz, porque lo que dice tiene ya un destino. El poeta es hombre y ha comprendido que lo más importante de él es el hombre de su silencio, que se refugia en el último rincón de la intimidad. Ese hombre que cobija en nosotros la justa medida de lo que por nosotros mismos valemos. Ese hombre que a veces nos asusta con el volumen monstruoso de su tragedia y nos regocija con su comedia, pero al que también otras muchas hemos de despertara solapazos de desconfianza, a zarrazos de amargura y falta de fe en nosotros mismos, dañando su amor propio con el sarcasmo y la sátira de nuestro propio amor. Ese amigo de la soledad, que desde la soledad tiene ya a quien dirigirse y para quien existir, para quien salir de un ostracismo forzado. El poeta ha comprendido que únicamente estando a bien con este silencioso personaje y contando y cantando de él, cuenta y canta al mundo y para los hombres del mundo.

En tales momentos, la voz fuerte de la poesía cas-



tellana, serena y directa, sin recreos sensualistas; el espíritu severo y misticista; la disposición seriamente estoica de la castellanía; el decir de bordón y campana, convienen como ninguno.

Tal es para mí la razón de esta vuelta a la preponderancia de Castilla, sobre Andalucía, en lo poético. Es un decir más seco—yo diría magro solamente—si se quiere, pero con raíces más hondas en la tierra y con una dinámica espiritual superior. Los sueños del poeta en Castilla, descansan sobre riscos donde anidan las águilas; en tanto que Andalucía le ofrece el blando apoyo del mar, de los jardines exuberantes, de los «granados en cielo azul». Los últimos quince años han sido incómodos, ausentes de gozo y alegría, y Castilla sabe peregrinar por los caminos polvorientos, con la congoja en el alma, en tanto que Andalucía gusta más de la jaca trotona y el color cortijero y la risa; el llanto lo pone en el canto folklórico. Y esto es otra cosa que Castilla no sabe hacer: Llorar; porque sabe angustiarse.

Venía todo el carácter de Castilla como anillo al dedo para los días vividos, para sentir los días que vivimos, y su voz resultaba la mejor para cantarlos. Y ahí está la joven poesía de Castilla, vindicando para su tono la actualidad lírica y exigiendo el derecho a darle permanencia en sus versos. La asisten razones poderosas de emoción y de temple, de voz y cuerda.

Y ahí están publicaciones y revistas literarias, que afirman, día a día, la preponderancia castellana en el actual hacer poético: Es infinitamente mayor—y esto,

después de analizar y estimar valores—el número de poetas castellanos.

Ahora bien; éste que pudiéramos llamar grupo poético de Castilla, evidencia dos maneras de ver la poesía, que tampoco es futesa como para dejarla perdida: Los que tienen una preocupación por volcar su emoción en raudales sobre los versos, dando hitos de ella en cada uno, para los cuales el endecasílabo garcilasino les viene estrecho y el soneto corto. Y otros, cuya monomanía formal apaga un tanto su voz, que pierde fuerza sublime en el recoveco de la palabra y la frase bella; de buen sentido musical, recreados con exceso en la lírica, lo que les hace perder en hondura y en disparo directo de su vibración poética.

Pero de esta diferenciación hablaremos después. Ahora importa dejar sentado y señalar, de una manera más concreta, el fenómeno literario del cambio, operado en la marcha del meridiano poético y su traslado desde Andalucía a Castilla. El trueque del paisaje y el tono de voz, al tiempo que se percibe en los poetas la inclinación por otros autores ejemplarios. Góngora ha perdido el brillo atractivo de la moda, en que lo situó la celebración de su centenario, y el formidable estudio que, de sus «Soledades», hizo Dámaso Alonso. Los poetas arábigo-andaluces han tomado un puesto rinconero en nuestras estanterías, sin que nos deslumbrén ya con su riqueza de imágenes y su exuberancia lírico-sensual. El libro breviario para el poeta ha to-

mado caminos de fondo y carga de verdad o, cuando menos, anhelo de ella.

Los poetas jóvenes—de esta juventud que cifro desde los cuarenta años para abajo—parecen haber llegado a puntos de confabulación para el cambio, para este alcanzar una poesía que no sólo deleite en el canto, sino que, al cantar, diga hondamente. Llegar primero a ella, para desde ella decir: A la forma por y desde la poesía, y no a la poesía por la forma.

## II

Aunque tratar de ver el bosque entre los árboles no resulta empresa fácil, tampoco es tanta su dificultad como para volverle la espalda definitivamente. Algo de bosque tiene hoy el mundo poético español, por el aluvión de «poetas» que, al calor de no sabemos qué incubadoras líricas, unidas a la marcha del tiempo, han surgido balumbantes e inundadores. Veamos, pues, el bosque desde arriba, de una manera algo catastral, rasando las copas de sus árboles, como pasaría sobre él aquel Vedrines que tanto asombró a nuestros padres con sus acrobacias aviatorias. Así, al menos, podremos distinguir un pino de una acacia, por la clara diferencia entre sus copas.

Agotando el símil, se puede afirmar que existen en esta selva del hacer poético actual, dos formas de creación absolutamente opuestas en su ética y su estética literaria. Tan distinta como sería la representación plás-



tica simultánea de un boj y un álamo, y mayor aún en su distancia: Pues si las plantas están unidas por la razón fundamental de su existencia, que es el enraizamiento en la tierra, estas dos maneras poéticas se aproximan en lo puramente externo, siendo absolutamente dispares en su fondo, como lo son el producto y su sucedáneo. No obstante, la parte falsa consigue—por recovecos de marrullería literaria y mecánica poética—la máxima afinidad, en su forma, con la verdadera.

Preside en una de ellas—la primera—como esencia de lo poético, la idea; ese centro de gravedad de la poesía, que es la idea, y alrededor del cual giran cuantos elementos de auxilio lírico la componen totalmente. En tanto que la otra se forma por un enhebrado de metáforas, con el cual se logran tiradas de versos rebosantes de imágenes—bellísimas la mayoría de ellas—pero sin esa unión, sin ese ser primigenio de la poesía al que debieran ir adosadas.

Yo creo, por mi parte, que la poesía es la forma primera, cuando el poema existe por sí, antes de que la imagen llegue a enriquecerla en belleza y lirismo. Porque, por muchas vueltas sofisticadas que a la cuestión se intente darle, la imagen no será poesía—como no lo será tampoco la forma sola—en tanto que esté concebida al margen de la idea poética. El poeta es primero, y ante todo, un caudal de emoción producido por la «idea poética»; después, un hombre y luego el escritor que le da forma. Por ello, sólo cuando el poema entraña ese grado torrencial que ha hecho sentir al

hombre-poeta emocionándolo—factible de valorar después con la frase metafórica—sólo entonces habrá alcanzado dimensión poética. Lo otro será una imagen o un engarce de bellas imágenes, pero nunca un poema. Porque, el poema presupone la idea como hecho sustancial que precisa, para su expresión exacta y bella, de esa «herramienta» del poeta que son las imágenes. Ahora bien; dejar imágenes sueltas con vida propia, como tales poemas valorables, me parece un error de bulto, en el que se incurre hoy con demasiada facilidad.

Y es que, considerarse o no poeta, viene estando tan al alcance de todos, que hoy son legiones los que con el mayor aplomo se cuelgan el marchamo. Naturalmente, ponerse la etiqueta no es serlo, ni el título puede adoptarse caprichosamente, ni se obtiene ante tribunal alguno. Ser notario o registrador de la propiedad, cae de lleno en el campo del estudio y de la voluntad; mas lo volitivo nada tiene que hacer en el suceso de ser o no poeta. A bruma pensar que cosa tan elemental no sea considerada, a no ser que se obre con intenciones de simulación. Se llega a olvidar que el poema no nace, sin más ni más, por capricho de cualquier criatura humana, sino que su plausibilidad responde a unas condiciones especiales de espíritu, de vocación y de disposición. Y considerarlo tan fácilmente hacedero, produce esa falsa y forzada poesía de laboratorio—a la que pueden llegar tanto el notario como el conductor de tranvías; todo es cuestión de entrena-



miento—que alcanza esa categoría de sucedáneo satisfactor de los no avisados o de paladar poco hecho.

Sin embargo, este cúmulo de imágenes y metáforas, que logra un juego de brillos cristalinos, sin que lo medule la verdad íntima—impresión de fuera adentro, propia para engañar espíritus ingenuos—no debe jamás confundirse con la poesía, que es la impresión de dentro a fuera. El poeta—decía Unamuno—tiene que pensar el sentimiento y sentir el pensamiento. Con lo cual su obra será la consecuencia del cerebro y el corazón en marcha simultánea, para sacar a la vista y a los sentidos de todos, su intimidad. Porque ser poeta—cosa muy importante—es haber perdido el miedo que tiene todo hombre a enseñar su alma al mundo, a ir por la vida con el corazón desnudo naturalmente, como van las mujeres con sus brazos al aire. Y el poema tiene que nacerle en el rincón último de la sensibilidad, buscando, en pugna hacia fuera, al escritor que le dará plasticidad en la imagen y en la palabra.

Por eso la existencia poética, la poesía, no debe suspenderse del frágil hilo de la imagen, que es soporte fácil de cortar a voluntad. La poesía necesita ser sentida, necesita ser creída, porque la idea poética es creencia, sentimiento pensado y visto como verdad única con los ojos del alma. Y el poeta ha de percibir esa verdad circulando por sus venas, como un elemento más de los constitutivos de su sangre. Lo positivamente poético, es dar el espíritu de las cosas, la íntima realidad de las cosas, que es la verdad única del poeta.

Y «no hay más verdad verdadera que la poética»—nos dice otra vez Unamuno—. Después, venga la imagen para totalizar la expresión del pensamiento sentido. Pero ahí, adhiriéndose al centro de gravedad que la atrae, a ese meollo del sentir pensando, que es la idea poética. Porque una poesía carente de tal savia, una poesía compuesta de imágenes eslabonadas, es un anticipo a la auténtica emoción del poeta. Es su emoción puesta en movimiento por la imagen encontrada—que él afirma de antemano como poesía—y no la imagen surgiendo de su exaltación creadora, de la emoción que produce la idea sentida, la creencia, que es la verdadera poesía. Porque, se puede buscar medio de expresión para el instante poético que estamos sintiendo, pero nunca poseer la imagen y lanzarse a la busca de la emoción poética para encajarla en ella.

---

Este es, en síntesis, el reflejo de la actual poesía española, sí que para considerarla en su más amplia realidad, es preciso considerar la realidad misma de España, donde la expresión auténtica tropieza con dificultades que están en la mente de todos, y el afán publicitario obliga—muchas veces—a falsear esa autenticidad expresiva.